

A sus plegarias cerrado,
Desechaba su clamor.

Otras veces á Rodrigo,
A su falso y vil amigo,
Delante de sí veía,
Que riendo le decía:

«¿Qué haces aquí, Garceran?»

»Todas estas penitencias,
Son inútiles demencias,
Y no tienen eficacia;
Pues las fuentes de la gracia
Para tí, secas están.»

«Ven, amigo,
Ven conmigo
A blasfemar
De ese cielo,
Que es de hielo
A tu llorar.

»Ven conmigo al infierno
A hacer eterna guerra al Sér eterno.»

Y luego con risa horrenda
Le mostraba la tremenda
Escena, que aparecía
Entre niebla vaga y fría,
Del funesto cenador.

Y Nuño otra vez miraba
A su esposa, que estampaba
De un jóven en el hermoso
Rostro, aquel beso amoroso,
Principio de su furor.

A doña Blanca indignada,
Otras veces, asomada
Por rotos nublados llenos
De relámpagos y truenos,
Juzgaba ver ante sí.

Que á puñados de la herida
Sacando sangre encendida,
Y arrojándola inclemente
Sobre su confusa frente,
Feroz gritábale así:

«No, maldito,
A tu delito
No hay perdon.
Dios airado
Ha pronunciado
Maldicion.

Húndete con Rodrigo,
Que á ninguno perdono, á ambos maldigo!»—

Y era tan fuerte y tremenda
En la pesadilla horrenda,

De las falaces visiones
Y de aquellas expresiones
La bien fingida verdad;

Y del dormido en la mente
Obraban tan hondamente,
Que al mísero confundían
Y en un abismo lo hundían
No esperando ya piedad.

Y en tan horrible despecho,
El árido hinchado pecho
Con las uñas destrozaba,
Y en tierra se revolcaba
Con horrenda convulsion.

Pero el ángel, que constante
Lo guardaba vigilante,
Con las alas en la frente
Le tocaba, y de repente
Le calmaba el corazon.

Despertando, pronunciaba,
De Dios el nombre, y lograba
Desvanecer los ensueños,
Y triunfar de los empeños
Del espíritu infernal.

Y aumentando cada día
Con más fe, y santa porfía,
Y en Dios con más confianza
Sus penitencias, alcanza
Gracia y perdon celestial.

Sí, que despues de lucha prolongada
Por más de cinco años
Con las artes diabólicas y engaños,
Vida Nuño logró más sosegada.

Y ya las tiernas lágrimas copiosas,
Que en la tierra vertía,
Donde su amada víctima yacía,
Le eran refrigerantes y sabrosas.

Y cuando oraba con fervor vehemente
Descendía del cielo
Un rayo de esperanza y de consuelo,
Que iluminaba su arrugada frente.

Y empezó en el terreno á ver señales
De que Dios apiadado,
Iba á volverlo á su primer estado,
Y á terminar sus angustiosos males.

Y en el vigor, y celestial consuelo,
Que sentía en el alma,
Gozoso conoció que ya la palma
Le preparaba de su triunfo el cielo.

Una noche sosegada
De apacible primavera,
Despues de orar fervoroso
El penitente en su cueva,

Salió á gozar de la luna,
Que entre nácares risueña,
De aquel campo iluminaba
El llano, y las eminencias.

Y en santas meditaciones
Absorto sus pasos lleva,
Sin direccion, distraido,
Del torrente á la ribera.

Allí otra vez de rodillas
Por un largo espacio reza,
Y despues asiento toma
En una desnuda piedra.

Y respirando en sosiego
Las auras mansas y frescas,
Que con alas invisibles
Revolaban placenteras,

Levanta hácia el firmamento
La venerable cabeza,
Y los ya apagados ojos
Clava en la bóveda inmensa.

Y del Criador adorando
El poder, y la grandeza,
Aquel espacio magnífico
Que lo cobija, contempla.

Y ve entre vagos vapores
Cómo giran los planetas,
Y dan sus trémulas luces
Las rutilantes estrellas,

Y ve los leves celajes,
Que clara luna platea,
Volar, cambiando sus formas,
Caprichosas y ligeras.

Despues revuelve la vista
Con desden sobre la tierra,
Notando entre ella y el cielo
La distancia y diferencia.

Y ve aquellos arenales,
Y aquellas peladas quiebras,
Y aquellas muertas lagunas,
Y se estremece, y se hiela.

Y por la llanura luego,
Tan silenciosa y desierta,
Tiende medroso la vista,
Que se pierde en las tinieblas.

Cuando sorprendido advierte
Por una rambla de arena,
Venir sin susto y tranquila
Una hermosa, blanca cierva.

Teme que del hondo infierno
Escondida trama sea,
Con que acaso le prepara
Alguna asechanza nueva.

Fervoroso se santigua,
El santo rosario besa,
Y preparado á la pugna
Cruza las manos y espera.

La gallarda cierva en tanto
Siguiendo la misma senda,
Sin mostrar recelo alguno
Hasta el solitario llega.

Y como si acostumbrada
Al trato humano estuviera,
Y por la mano del hombre
A vivir desde pequeña;

Tan sin recelo se avanza,
Tan cariñosa se acerca,
Tal candor muestra en los ojos,
En su balar tal terneza;

Y atenciones y caricias
Parece demanda y ruego,
Con expresion tan sencilla,
Y con humildad tan tierna;

Que resistirse no pudo
El prudente anacoreta
(Tal vez impulso secreto
Que no comprende, le alienta)

Y la seca mano extiende
Sobre la erguida cabeza,
Y halaga la hirsuta espalda
De la cariñosa cierva.

La cual con mil ademanes
Inteligibles, y nuevas
Miradas, y otros balidos,
Y acciones á su manera,

Indícale que la siga,
Y que se vaya tras ella,
Y aun le tira con la boca
Del sayal y la correa.

Otra vez el penitente
Algun engaño sospecha,
Y con fervoroso labio
A la Virgen se encomienda.

Mas de espíritu invisible
Distinta y clara resuena
Una voz en sus oidos,
Que le dice: *Nada temas.*

Levántase decidido,
Y en Dios su confianza puesta,
Sigue con incierto paso
Del manso animal las huellas.

Déjase atrás el torrente,
La ancha llanura atraviesa,
Y no léjos de aquel sitio
Que tumba de Blanca era,

Tras de su graciosa guía
Un manso collado trepa,
Que tiene en su fácil cumbre
Un grupo de toscas peñas.

Ante él la cierva se para,
Otra vez revuelve atenta
Al penitente los ojos,
Cual rutilantes centellas,

Lanza un agudo balido,
Que voz humana asemeja
Que dice: ¡Aquí!—y de repente
Por los peñascos penetra,

Metiéndose en sus entrañas,
Sin dejar rastro ni puerta,
Cual si atravesara sólo
Delgada, impalpable niebla.

Pasmado queda don Nuño,
Y su pasmo se acrecienta
Oyendo en aquellos riscos
Como una celeste orquesta.

Y viendo que se deshacen
Como si humo leve fueran,
Descubriendo allá en su centro
Una capilla pequeña,

De blancas congelaciones,
Que cristal parecen, hecha,
Y de luces alumbrada,
Que son pedazos de estrellas.

Y sobre un altar de césped
Divisa la imagen bella
De la Virgen soberana,
Que es de los ángeles reina.

La misma sagrada imagen
Que en la derrocada iglesia
Del palacio hundido, culto
Luengos años recibiera:

Protectora de su estado,
Y de su familia egregia,
De sus vasallos consuelo,
Y amparo de aquellas tierras:

Y la que afable le anuncia
Que logró gracia completa,
Y perdon el más cumplido
De la santa Omnipotencia;

Segun le anunciara el labio
De su confesor profeta,
Cuando inspirado le impuso
La cumplida penitencia.

Deslumbrado el penitente
Cae de hinojos en la yerba,
Y entona solemne salve
Con el alma y con la lengua.

Salve, que de querubines
Un coro que le rodea
Repite, y hasta los cielos
Sus puros acentos lleva.

Referir lo que en el alma
Pasó del anacoreta,
Los consuelos y los gozos,
Los confortes, las ternezas,

Que á raudales en su pecho
Derramó la Providencia,
Dando á sus maceraciones
La más amplia recompensa;

No puede mi humilde labio,
Ni hay voz mortal que lo pueda,
Pues son cosas que se esconden
A la humana inteligencia.

Tras noche tan solemne, á la mañana
Cuando el fúlgido sol en el oriente
Sobre celajes nítidos de grana
Alzó con majestad la augusta frente,
De luz la inmensa bóveda del cielo
Inundando, y de luz el bajo suelo;

Quedó admirado de Leon la sierra
Al penetrar, y al ver en sus entrañas
Aquella ántes maldita árida tierra
Tornada en feracísimas campañas;
Y que no era la misma juzgó acaso,
Que la tarde anterior vió desde ocaso.

Pues en el punto en que la imagen santa
De la Virgen, amparo y protectora
De aquel terreno, tras de ausencia tanta
A aparecer volvió de paz aurora,
La sonrisa de Dios omnipotente
Fecundó aquellos campos de repente.

Y mucho más feraces que lo fueron
En un instante solo germinaron,
Y á las nubes los árboles subieron
En el momento mismo en que brotaron.
En praderas viciosas cual ningunas
Tornándose arenales, y lagunas.

Matorrales espesos, frescas flores,
Cubrieron las laderas y las lomas,
Y los ántes mefíticos vapores
Eran ya salutíferos aromas;
Pues humilde el torrente entre juncales
Derramaba purísimos cristales.

Y de aves no nacidas los acentos,
En bosque improvisado y en floresta,
Los ántes mudos y callados vientos,
Tornaron suaves en alegre orquesta,
Que al santo simulacro, no á la aurora,
Saludaban con música sonora.

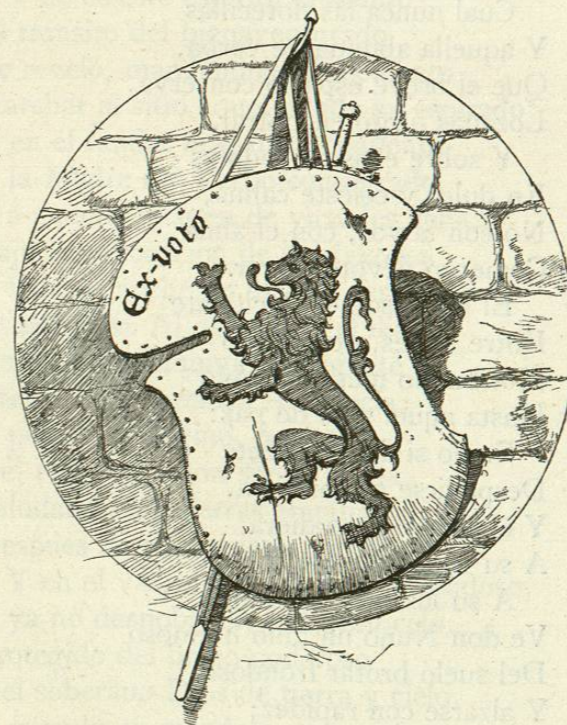
Y hasta de aquellas fúnebres ruinas,
Que parecían huesos insepultos
De algun Titan, con yerbas repentinas
Se revistieron los informes bultos,
Y hiedras espontáneas en festones
Las ornaron con frescos pabellones.

Que tanto en solo un punto alcanza y puede,
Para aliviar al pecador contrito,
A quien su gracia y su perdon concede
La piedad del Señor, sumo, infinito,
Después de una constante penitencia,
De la Virgen sin mancha la influencia.

Del suelo el felicísimo trastorno
Pronto advierten las gentes convecinas,
Y de las altas cumbres del contorno
Observan sus llanuras y colinas:
Y un nuevo Eden advierten de concierto,
Do ántes horrorizados un desierto.

Y del rico terreno y grato clima
Llevados, ya se acercan cazadores,
Ya algun rebaño retozon se arrima,
Ya una choza levantan los pastores,
Ya diestro agricultor osa avanzarse,
Y poco á poco, así tornó á poblarse.

Y de la Virgen pura la capilla
Se vió adornada de votiva ofrenda,
Y en ella la quemada cera brilla,
Sin faltar quien la lleve y quien la encienda:
Que de la santa imagen los favores
Cundieron por los nuevos pobladores.



Dándole gracias fervientes
A Dios por tantas bondades,
El tranquilo penitente
Gozaba del bien presente,
Tras tantas calamidades.
Mientras que duraba el día

Al culto lo consagraba
De la imagen de María,
Y más afan no tenia
Ni más amor le animaba.

Y cuando á hundirse en ocaso
Bajaba cansado el sol,
Y con resplandor escaso
Las nubes que hallaba al paso
Esmaltaba de arrebol;

A la tumba el venerable,
Que guarda á su esposa bella,
Llevaba la tarda huella;
Y con consuelo inefable
De hinojos rezaba en ella.

Y allí la luna veía
Aparecer tras los montes,
Y cómo lenta subía
Por la bóveda vacía,
A ilustrar los horizontes.

Y cuando ya de luceros
La inmensidad se adornaba
Con brillantes reverberos,
Porque los rayos postreros
Del sol, la noche borraba;

En éxtasis delicioso
Se levantaba su mente,
Y vagaba libremente
Por un mundo misterioso
Del nuestro muy diferente;

Como el águila caudal,
Que en un mar de luz navega,
Sobre las nubes desplega
Las alas, y hasta el umbral
Del palacio del sol llega.

Pues conseguida la palma
Del soberano perdon,
Sin que infernal tentacion
Pueda ya turbarle el alma
Ni entibiar su devocion;

Su espíritu se elevaba
Como el humo del incienso,
La fe ardiente le guiaba,
Y las dichas columbraba
De su porvenir inmenso.

Abrazado de una cruz
Al firmamento subía,
Y en piélagos de alegría,
Y en campos de eterna luz
Venturoso se perdía:

Los aromas respirando
De celestiales jardines,
Y aquel perfume gozando
Del aliento puro y blando
De los santos serafines:

Y oyendo aquella armonía,
Que soles sin cuento dan

Cuando tan seguros van,
Como que es Dios quien los guía,
Por la alta esfera en que están.

En ensueño vaporoso
Otras veces embebido,
Figurábase dormido
En un prado delicioso
Sobre el herbaje mullido.

Que eran guirnalda de rosa
Sus cilicios, su sayal
Glorioso manto real,
Y su ancianidad rugosa
La juventud más cabal:
Porque miraba á su alma
Sin la corteza exterior,
Cercada de resplandor,
Coronada con la palma
De la gracia del Señor.

Envuelto se imaginaba
En balsámicos vapores
De las más fragantes flores
Que el manso viento halagaba
Robándoles sus olores.

Y que al través, tras de aquellos,
Notaba de cuando en cuando
Cruzar fúlgidos destellos:
Y eran los ángeles bellos
En torno de él revolando.

Y luego abrirse veía
El cielo, gran resplandor
Derramando en derredor,
Y que en medio de él venía
La imagen del casto amor.

La de su esposa adorada
De pié sobre niebla leve,
De albas rosas coronada,
Y de túnica velada
Muy más blanca que la nieve.

Y en el pecho, do la herida
Le hizo la daga homicida,
Mostraba un claro rubí
Como estrella carmesí,
Con luces de eterna vida.

Y Garceran venturoso
La dulce vision miraba,
Que hasta junto de él llegaba
Con rostro tan amoroso,
Que el corazón le robaba.

Y una plática emprendían
Tan tierna, sabrosa y pura,
De tanto amor y dulzura,
Y de cosas discurrían
De tan sublime ventura;

Y con tan santos extremos
Y con expresiones tales,
Que apenas las comprendemos,

Y que explicar no podemos
Los infelices mortales.

Cuando la vision aquella
Celestial desaparecía,
El penitente creía
Que al retirarse la bella
Doña Blanca, le decía:

«Ven, Garceran. ¿Por qué tarda
En venir á mí tu amor?...
Sube á otra vida mejor.
¿Qué te arredra y te acobarda?...
Ven, que te espera el Señor.»

Así en gratas ilusiones
Dichosas horas pasaba,
Y su viaje preparaba
A las eternas mansiones,
A donde Dios lo llamaba.

Vino tras de hermoso día
Una tarde deliciosa,
En que de morado y rosa
La atmósfera se vistió.

Y á la tumba cual solía,
Ya de aliento y vida escaso,
Con lento y con débil paso
Nuño Garceran llegó.

Cual nunca las florecillas
Y aquella abundante yerba,
Que el breve espacio conserva,
Lozanas juzgó encontrar.

Y sobre ellas de rodillas
En dulce y celeste calma,
No con la voz, con el alma
Comenzó devoto á orar.

El sol desde el Occidente
Entre nubes, de soslayo
Moribundo metió un rayo
Hasta aquel sitio de paz:

Como si del penitente
Despedirse pretendiera,
Y el último beso diera
A su venerable faz.

A su luz roja, espirante,
Ve don Nuño un tallo hermoso
Del suelo brotar frondoso
Y alzarse con rapidez;

Pues en brevísimo instante
Se desarrolla, florece,
Y una azucena aparece
De celeste candidez.

La admira cual milagrosa,
Y á un impulso soberano
Lleva la trémula mano,
Y la arranca de raíz.

Y con ella venturosa,
Dejando en el mismo punto
En tierra el cuerpo difunto,
Voló á Dios su alma feliz.

Y aquella pura azucena
Fué la vencedora palma,
Con que engrandecida el alma
De Nuño en el cielo entró.

Y de nuevas gracias llena
Aquella flor, desde el cielo,

A la tierra en raudo vuelo
Un ángel restituyó.

Pues la hallaron colocada
A la mañana siguiente,
Lozana, resplandeciente,
Consuelo de todo afán,

Ante la imagen sagrada
De la Virgen sin mancilla,
En la rústica capilla
Que descubrió Garceran.

FINAL

En el instante en que de Nuño el alma
Voló al palacio de la eterna gloria,
La azucena sirviéndole de palma
De su glorioso triunfo y su victoria:
De la virtud con la tranquila calma,
Olvidando esta vida transitoria,
En su celda, de hinojos don García
Oraba humilde al espirar el día.

Y de celeste espíritu el acento
El tránsito del bienaventurado
Le reveló, mandándole al momento
Marchar al sitio aquel donde ha espirado:
Y en él fundar magnífico convento
A la Madre del Verbo consagrado,
Y á aquella imagen de virtudes llena,
Bajo la advocacion de la *Azucena*.

Pasó la noche en oracion ferviente
El religioso. Al despuntar el día
Dejó á Guadalquivir y diligente
Atravesó la hermosa Andalucía;
Y pobre, peregrino, penitente,
Del reino de Leon siguió la vía,
Saludando sus sierras empinadas
Después de penosísimas jornadas.

Y en el valle, otra vez rico y frondoso,
Y ya no despoblado, con gran celo,
Protegido del brazo poderoso
Del soberano Dios de tierra y cielo,
A cumplir su mandato, sin reposo
Constante dedicó todo su anhelo,
Edificando á aquella imagen bella
Una rica morada digna de ella.

El fervor excitando de los fieles,
Y de otros religiosos ayudado,
Pronto logró elevar los chapiteles
De un gran templo á la Virgen consagrado;

En cuyas cimbrías mágicos pinceles,
Y en cuyos frisos mármol cincelado,
De Garceran la penitencia y gloria
Consignaron, trazándonos su historia.

En magnífico altar de jaspes y oro,
En que de cien blandones la luz brilla,
Fué colocada con real decoro
La efigie de la Virgen sin mancilla:
Sus himnos entonando el alto coro
Al compás de la armónica capilla,
Siempre verde á sus piés, de encantos llena,
Perfumando el ambiente la azucena.

En sepulcro magnífico durmieron
El sueño de la paz ambos esposos,
Y los votos de plata enriquecieron
Del camarín los muros primorosos,
Y con grandes ofrendas acudieron
Al culto los magnates poderosos;
Siendo de tan insigne santuario
Todo el reino de España tributario.

Gobernólo gran tiempo don García,
En opinion de santo: otros varones
Después, de ardiente celo y de fe pia,
De la casa aumentaron los blasones.
Y su nombre y su fama se extendía
Por todas las católicas regiones,
Conservándose siempre allí lozana
Y fresca la azucena soberana.

Hasta que cuando quiso en cautiverio
Poner la Francia audaz toda la tierra,
Y trastornando el español imperio
Metió en sus lindes destructora guerra;
Despareció aquel santo monasterio,
Con gran dolor de la leonesa sierra,
De hoguera voracísima en la llama,
Que no nos dejó de él más que la fama.